

# Enigma

JAN MORRIS

TRADUCCIÓN DE  
ANA MATA BUIL



Título original:  
*Conundrum*

Primera edición: septiembre 2022

© 1974, Jan Morris

© 2022 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2011 de la traducción: Ana Mata Buil

Revisión de la traducción: junio 2022

© 2010 del diseño de colección: Raúl Fernández

Diseño de cubierta: Gabriel Reguero

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-04-7

Impreso en España

Depósito legal: M-16214-2022

## INTRODUCCIÓN

Este libro es sin duda hijo de su tiempo. Lo escribí en la década de 1970 y no cabe duda de que es un libro de los setenta. Desde entonces, el mundo ha cambiado tremendamente y la noción de identidad sexual, el tema principal de la obra, ha cambiado más que ninguna otra cosa. Las mujeres han modificado la imagen de sí mismas, los hombres ya no ven a las mujeres con los mismos ojos y la parte nada desdeñable de la población que solía sentirse excluida de las categorías sexuales convencionales se siente ahora, por norma general, mucho más cómoda consigo misma.

En concreto, el proceso que solía conocerse como «cambio de sexo», y que durante mucho tiempo se consideró un gancho morboso de la prensa amarilla, ha pasado a ser algo casi normal. A estas alturas, ya existen miles de hombres y mujeres que han tenido la oportunidad, por una razón u otra, de habitar el sexo contrario. Después de la transición, algunos han continuado destacando en su ámbito profesional, otros se han convertido en payasos grotescos; algunos son feos, otros son guapos; algunos son promiscuos, otros son castos; algunos han hecho declaraciones públicas, otros han llevado una vida discreta y anónima... En pocas palabras, las personas que ahora llamamos «transexuales» son, en casi todos los aspectos cotidianos, muy parecidas a las demás.

Asimismo, la ciencia ha dilucidado algunas de las claves del misterio de esta condición. Un grupo de científicos holandeses descubrió, a partir de la autopsia del cerebro de seis hombres transexuales, que todos los casos presentaban una región concreta del hipotálamo, en la parte inferior del cerebro, inusitadamente

pequeña para un varón y, de hecho, más pequeña que la de muchas mujeres. Al parecer, esto demuestra que hay alguna razón física (frente a las razones psicológicas) que origina este fenómeno. Es algo más que una cuestión mental, lo que probablemente explica por qué no ha existido ni un solo paciente que se haya «curado» con métodos psiquiátricos de su condición de persona trans. Además, cada vez está más aceptado que todos nosotros somos una amalgama de aspectos masculinos y femeninos, combinados en un grado o en otro.

Sin embargo, aunque los años han hecho que algunos pasajes del libro resulten curiosamente anacrónicos, en el fondo no han alterado ni un ápice sus cimientos. Apenas he rectificado algunas palabras en esta nueva edición, y ha sido para actualizar los datos reales. Jamás pensé que mi propio enigma fuera una cuestión científica o fruto de las convenciones sociales. Consideraba que era una cuestión del espíritu, una especie de alegoría divina y que, en cualquier caso, las explicaciones concretas carecían de importancia. Lo que de verdad me parecía importante era expresar la libertad que todos merecemos de vivir según nuestros deseos, de amar de la forma en que queramos amar y de conocernos en profundidad, independientemente de lo peculiares, desconcertantes o inclasificables que seamos, como los dioses y los ángeles.

La primera edición de *Conundrum* causó cierto revuelo a medida que el libro se iba publicando por todo el mundo con ese título o con otro: en sueco y en alemán se mantuvo el título original *Conundrum*; en italiano y en la primera edición en español se tradujo por *El enigma*; en portugués apareció como *Conundrum. O Enigma*, y en japonés se le dio un título increíblemente hermoso. Recibí miles de cartas, montones de invitaciones...

¡Media vida ejerciendo a conciencia el oficio de la escritura parecía haber contribuido menos a mi buena reputación que un simple cambio de sexo!

Por lo general, las respuestas fueron muy positivas y tuve suerte de que todo saliera a la luz en lo que ahora se denomina con desprecio «la época permisiva», pero que para mí continúa siendo, con todos sus excesos, una época de jubilosa liberación en el conjunto del mundo occidental. Casi todos los movimientos radicales que cobraron vida entonces, la concienciación acerca de las libertades individuales, la conciencia ecológica y el trato digno a los animales, hallaron su pequeño reflejo en mi desarrollo personal. En mis experiencias veía un anhelo mítico o místico de reconciliación universal, y en aquella época había muchas personas que opinaban lo mismo que yo.

Desde entonces, los ánimos se han templado, pero mi punto de vista no ha cambiado. Mi amor sigue volcado en lo mismo: mi familia, mi trabajo, un par de amigos, mis libros y mis animales, mi casa entre las montañas y el mar, la presencia de Gales a mi alrededor. Y tal vez alguien se pregunte: ¿he descubierto la finalidad real de mi peregrinaje, la solución definitiva a mi Enigma? Algunas veces, mientras contemplo el río desde la orilla, creo que sí, pero entonces la luz cambia, sopla una ráfaga de aire o una nube enturbia el sol, y el significado de todo lo vivido vuelve a escapárseme de las manos.

JAN MORRIS  
*Trefan Morys, 2001*

Tenía tres años, o tal vez cuatro, cuando me di cuenta de que había nacido en el cuerpo equivocado, pues en realidad debía ser una niña. Retengo con nitidez el momento, es el primer recuerdo de mi vida.

Me había sentado debajo del piano de mi madre y su música me rodeaba igual que una cortina de agua que caía con la fuerza de una cascada y me encerraba en una especie de cueva. Las patas robustas y torneadas del piano eran como tres estalactitas negras y la caja de resonancia era una bóveda alta y oscura por encima de mi cabeza. Es probable que mi madre tocara a Sibelius, porque en aquella época su obsesión era la música finlandesa, y Sibelius escuchado desde «debajo» de un piano puede resultar un compositor estruendoso. Pero me encantaba refugiarme allí; algunas veces hacía dibujos en las partituras apiladas alrededor o arrastraba a la fuerza al pobre gato para que me hiciera compañía.

He olvidado hace tiempo qué desencadenó un pensamiento tan extraño, pero la convicción fue absoluta desde el principio. A simple vista, era una solemne tontería. Para casi todos, yo era un niño normal y corriente con una infancia feliz. Mi familia me quería mucho y yo también los quería, me educaban con afecto y sentido común, me daban caprichos con moderación y me introdujeron desde mis primeros años en el mundo de Huck Finn y *Alicia en el País de las Maravillas*; me enseñaron a cuidar de los animales, a dar las gracias, a creer en mí y a lavarme las manos antes de cenar. Contaba con un público agradecido. Mi seguridad era absoluta.

Cuando vuelvo la mirada hacia mi infancia, como quien se vuelve para observar una alameda mecida por el viento, lo único que veo es un alegre retazo de sol; porque, por supuesto, entonces el clima era mucho mejor, los veranos eran veranos de verdad y, además, rara vez recuerdo que lloviera.

Y en cuanto al tema que nos interesa, según los parámetros de cualquier tipo de lógica, yo era, sin duda alguna, un niño. Me llamaba James Humphry Morris, un nombre de chico. Tenía cuerpo de niño. Llevaba ropa de niño. Es cierto que mi madre habría preferido que naciese niña, pero nunca me trató como si lo fuese. También es cierto que muchas visitas comentaban en corro, enfundadas en sus abrigo de pieles y perfumadas con saquitos de lavanda, que, con un pelo rizado tan bonito como el mío, tendría que haber nacido niña. Como era el menor de tres hermanos varones, en una familia que no tardaría en quedarse sin padre, no es de extrañar que fuera un consentido. No obstante, por norma general no me consideraban afeminado. En la guardería no se reían de mí. Nadie me miraba por la calle. Si hubiera anunciado mi particular descubrimiento allí mismo, debajo del piano, quizá mi familia no se hubiera escandalizado (el andrógino *Orlando* de Virginia Woolf rondaba por nuestra casa), pero seguro que se habría sorprendido mucho.

Sin embargo, ni se me pasó por la cabeza revelarlo. Me divertía que fuera un secreto, y durante veinte años no lo compartí con nadie en absoluto. Al principio no lo consideraba un secreto demasiado importante. Sabía tan poco como cualquier hijo de vecino sobre el significado del sexo y suponía que no era más que otro aspecto de la diferencia. Porque, en efecto, ya entonces

reconocía que era diferente del resto. Nadie me alentó jamás a parecerme a los otros niños: el conformismo no era una de las cualidades alimentadas en nuestro hogar. Todos sabíamos que éramos descendientes de un linaje de antepasados curiosos y de uniones poco comunes: galeses, normandos, cuáqueros..., así que nunca di por hecho que debiera ser como los demás.

Por lo tanto, era una criatura solitaria, y ahora me percaté de que aquellos conflictos internos, apenas perfilados, aumentaron mi soledad. Mientras mis hermanos estaban en el colegio, yo vagaba como una lánguida nube sobre las colinas, entre las piedras, chapoteaba en los charcos embarrados o me adentraba en los lechos secos de piedras que rodeaban el canal de Bristol; algunas veces intentaba pescar anguilas en los deprimentes diques que protegían los páramos u observaba con el telescopio los barcos que navegaban rumbo a Newport o a Avonmouth. Si oteaba hacia el este, podía ver el contorno de las Mendip Hills, en cuyo valle habitaba la familia de mi madre, unos modestos hacendados que vivían con comodidad y morían con todos los honores. Si oteaba hacia el oeste, podía ver la masa azulada de las montañas galesas, que me atraían mucho más, en cuya falda había vivido siempre el linaje de mi padre: «personas decentes», como me los definió una vez un vecino. Algunos de los que aún seguían vivos todavía hablaban galés, y todos se sentían unidos, generación tras generación, por el amor compartido hacia la música.

Ambas perspectivas me pertenecían, o así solía verlo, y ese sentimiento de doble posesión me daba en ocasiones la vertiginosa sensación de universalidad, como si, mirase donde mirase, pudiera ver algún aspecto de mi ser: una ilusión muy poco recomendable, tal como he descubierto más adelante, porque con el

tiempo acabó por hacerme creer que no merecía la pena visitar ningún país ni ninguna ciudad a menos que tuviera una casa allí o me propusiera escribir un libro sobre el lugar. Como todos los delirios de grandeza de quien se cree Napoleón, también me provocaba una sensación de soledad. Si todo me pertenecía, entonces yo no pertenecía a ninguna parte en concreto. Las personas que lograba atisbar desde mi atalaya, que cultivaban sus tierras, atendían en sus tiendas o se deleitaban veraneando en la costa, habitaban un mundo distinto del mío. Ellos formaban un grupo compacto, yo no tenía a nadie. Ellos pertenecían a la comunidad, yo permanecía al margen. Ellos hablaban con palabras que todos comprendían acerca de temas que a todos interesaban. Yo hablaba en un idioma que me pertenecía solo a mí y pensaba cosas que aburrirían a los demás. A veces, los adultos me pedían que les dejara mirar por el telescopio, cosa que me daba mucha alegría. Ese instrumento era crucial dentro de mis fantasías y conjeturas, quizá porque parecía ofrecerme la posibilidad de adentrarme desde el anonimato en mundos distantes, y cuando, a los ocho o nueve años, escribí las primeras páginas de un libro, lo titulé *Travels with a Telescope*, que no era un mal título. Así pues, siempre sentía euforia cuando, después de las bromas de rigor («¿Qué hace un niño tan pequeño con un telescopio tan grande?»; «¿A quién buscas, a Gandhi?»), los demás querían que les dejara probarlo. En primer lugar, porque era un fanfarrón de cuidado y me encantaba ajustar la lente con destreza para que vieran el buque-faro que separaba el territorio inglés del galés. Y en segundo lugar, porque el breve intercambio de palabras con ellos me hacía sentir más «normal».

Presa de una tremenda timidez, con frecuencia me quedaba rezagado, por decirlo de alguna manera, para observar cómo mi

silueta tropezaba al correr por las colinas o se tumbaba en la hierba mullida al sol. Esos escenarios eran, por lo menos en mi recuerdo, brillantes y nítidos, como un cuadro prerrafaelita. Es posible que el cielo no fuese siempre tan azul como yo lo recuerdo, pero sin duda era diáfano como el cristal, pues el único humo que había provenía de la columna que desprendía algún barco minero que trajinaba por el canal o del difuso miasma de mugre que siempre cubría los valles de Swansea. Abundaban los halcones y las alondras, las liebres corrían por todas partes, las comadreas correteaban junto a los helechos y algunas veces aparecía en la colina, con un zumbido intenso, el biplano diario de la compañía De Havilland rumbo a Cardiff.

Mis emociones, sin embargo, distaban de ser tan nítidas y definidas. La convicción de que me hallaba dentro del sexo equivocado no era más que una sensación borrosa, arrinconada en algún lugar remoto del cerebro, y aunque no me sentía infeliz, sí solía sentir confusión. Incluso entonces, esa primera infancia serena contemplando el mar me parecía incómodamente incompleta. Sentía anhelos de algo que no sabía precisar, como si a mi puzle le faltase una pieza, o como si uno de los elementos de mi interior, en lugar de ser duro y resistente, fuese soluble y difuso. Todo me parecía mucho más firme cuando se trataba de las personas que vivían colina abajo. Sus vidas sí parecían prefijadas, como si, igual que el viejo biplano De Havilland, se limitaran a trazar con diligencia y alegría sus rutas diarias, deslizándose con placidez. Lo mío se parecía más al movimiento de un planeador, etéreo y agradable, tal vez, pero carente de rumbo.

Este desconcierto no me abandonaría jamás, y ahora entiendo que fue el núcleo del que surgió el dilema de mi vida. Si mis paisajes eran como los cuadros de Millais o Colman Hunt,

mis introspecciones eran puro Turner, como si mi incertidumbre interior pudiera representarse mediante volutas y nubes de color, como una bruma dentro de mí. Desconocía su ubicación exacta; ¿la tenía en la cabeza, en el corazón, en las entrañas, en la sangre? Tampoco sabía si debía sentir vergüenza u orgullo de esa nebulosa, agradecimiento o pena. Algunas veces pensaba que sería más feliz sin ella, y otras veces creía que debía ser vital para mi existencia. Tal vez algún día, cuando fuera mayor, me sintiera tan firme como parecían las demás personas; o tal vez estuviera destinada a ser una criatura hecha de volutas de humo y espuma del mar, a deambular de esa forma tan anodina casi como si fuera intangible.

Presento mi confusión con términos crípticos, pues continuó viéndola como un misterio. Nadie sabe a ciencia cierta por qué ciertas personas descubren en la infancia dentro de sí mismas la incuestionable convicción de que, a pesar de todas las pruebas físicas, en realidad pertenecen al sexo opuesto. Ocurre a una edad muy temprana. Con frecuencia empieza a adivinarse cuando el niño o la niña apenas habla y, por norma general, ya tiene esa creencia profundamente arraigada cuando cumple cuatro o cinco años. Algunos teóricos creen que se trata de algo innato: quizá existan factores genéticos o inherentes que todavía se desconocen o, quizá, como han apuntado algunos científicos estadounidenses, el feto se vea afectado por unas hormonas mal encauzadas durante el embarazo. Mucho más numerosas son las personas que creen que es un mero resultado del entorno en el que vive alguien durante los primeros años: una identificación demasiado estrecha con uno de los progenitores o con el otro,

una madre o un padre dominante, una infancia demasiado afeminada o demasiado ruda. Entre un extremo y otro hay quienes opinan que la causa es en parte inherente y en parte ambiental: nadie nace cien por cien masculino o cien por cien femenino, y es posible que algunos humanos sean más susceptibles que otros a lo que los psicólogos llaman la «impronta» de las circunstancias.

Sea cual sea la causa, el hecho es que miles de personas, tal vez cientos de miles, sufren hoy en día esta condición. Hace poco se le ha dado el nombre de transexualidad, y en su forma clásica se diferencia tanto del travestismo como de la homosexualidad. Algunas veces, las personas travestidas y las homosexuales imaginan que serían más felices si pudieran cambiar de sexo, pero suelen equivocarse. Quien se traviste se siente gratificado, precisamente, al ataviarse con la ropa del sexo opuesto; el homosexual, por definición, prefiere hacer el amor con otras personas de su misma clase, de modo que el cambio de sexo solo conseguiría alejarlo de sí mismo y de los demás. La transexualidad es algo de naturaleza distinta. No es una preferencia sexual. De hecho, no tiene nada que ver con el comportamiento afectivo. Es una convicción apasionada, constante e imposible de erradicar, así que ninguna terapia puede disuadir a un verdadero transexual.

He intentado analizar mis propias emociones infantiles para descubrir lo que significaba para mí decir que me consideraba una niña dentro del cuerpo de un niño. ¿Cuál era mi razonamiento? ¿En qué pruebas me apoyaba? ¿Acaso pensaba sencillamente que tenía que comportarme como una niña? ¿Pensaba que la gente debía tratarme como a una niña? ¿Había decidido que prefería vivir mi vida adulta como mujer en lugar de como

hombre? ¿Acaso alguna aterradora secuela de la Gran Guerra, que había provocado la muerte de mi padre, había hecho que las pasiones y los instintos de los hombres me resultaran repugnantes? ¿O era solo que algo se había torcido durante los meses de mi gestación, de manera que las hormonas se habían combinado erróneamente y mi convicción no estaba basada en razonamiento alguno?

Freudianos y antifreudianos, sociólogos y ambientalistas, familiares y amigos, personas de confianza y conocidos, editores y agentes, hombres de Dios y hombres de ciencia, cínicos y compasivos, desinhibidos y mojigatos... Todos ellos me han hecho estas preguntas a lo largo de mi vida, y a menudo han proporcionado también las respuestas, pero para mí continúa siendo un enigma. Que así sea. Si he evocado mi infancia con unas pinceladas impresionistas, como un ballet visto a través de una cortina de gasa, es en parte porque la recuerdo solo como si fuera un sueño, pero también porque no quiero echarle la culpa de mi dilema. En otros aspectos fue una infancia encantadora y todavía agradezco haberla tenido.

Por lo que a mí respecta, veo el enigma desde otra perspectiva, pues creo que tiene un origen o sentido más elevado. Lo equiparo a la idea de alma, de ser, y no lo concibo como un mero enigma sexual, sino como una búsqueda de unidad. Para mí, todos los aspectos de la vida son relevantes en esa búsqueda: no solo los impulsos sexuales, sino todas las imágenes, sonidos y olores de la memoria, el influjo de los edificios, los paisajes, el compañerismo, el poder del amor y del dolor, las satisfacciones de los sentidos y del cuerpo. Desde mi punto de vista, es una

cuestión que trasciende el sexo: no me parece algo en absoluto morboso, y lo veo, sobre todo, como un dilema que no atañe al cuerpo ni al cerebro, sino al espíritu.

Aun así, durante los cuarenta años que siguieron a ese encuentro con Sibelius, un propósito sexual dominó, distrajo y atormentó mi vida: la ambición trágica e irracional, formulada de manera instintiva pero perseguida con perseverancia, de abandonar la masculinidad para alcanzar la feminidad.